

la amaba, y yo, devorando mis celos, he vertido muchas y muy amargas lágrimas!.... ¡Ah! y gracias que puedo dominar mi corazón!.... no viéndole, le olvidaré; y procurando distraerme, acaso consiga recobrar la tranquilidad.

La graciosa jóven habia perdido alguno de sus encantos, particularmente su aspecto risueño, su infinita gracia, que la hacía tan encantadora.

Estaba pálida, séria, meditabunda; vestia un trage blanco, que aumentaba mas la diáfana palidez de su rostro, y se hallaba cerca de un velador entretenida en ojear un album.

Una doncella entró en el gabinete.

—¿Qué hay? la preguntó Guillermina.

—Dos cartas, contestó la jóven presentándoselas en una bandeja de oro.

—Dame, exclamó la de Mendoza con precipitacion, reconociendo en una la letra de su hijo.

—Un caballero pregunta si la señora puede recibirle, dijo la doncella.

—¿Y quién es? ¿le conoces?

—El conde del Olivo.

Las cartas se le cayeron de la mano, y haciendo un esfuerzo supremo, tuvo que oprimirse el corazón con la mano para contener la fuerza de sus latidos, y para adquirir en aquel momento el vigor que necesitaba para contestar con una voz apagada y lenta:

—Dile que no recibo.

La doncella salió.

Guillermina, antes de leer las cartas, tuvo que llevar varias veces el pañuelo á sus ojos, retirándole empapado en lágrimas.

—¡No puedo vencer el amor que me inspira ese hombre! exclamó; quiero aborrecerle, olvidarle, y cuanto mas lo procuro, consigo lo contrario: ¡amarle mas y mas cada dia!.... ¡Ah!.... ¡qué culpable soy!.... ni pensaba siquiera en la carta de mi hijo, siendo él únicamente en la tierra mi apoyo y mi consuelo!.... veamos lo que dice.

Hé aquí el contenido de la carta:

«Madre mia: con júbilo he recibido la orden de regreso á Madrid; ¡deseo tanto abrazarte!.... ¡encuentro tan de menos tus caricias!.... ¡tus encantadoras sonrisas!.... y hasta tus hechiceros regaños..... que, francamente, voy teniendo necesidad de todo esto; estoy enfermo, triste, abatido, sin saber por qué, sin un motivo manifiesto; aunque yo estoy persuadido que es porque no te veo. Así, pues, muy pronto espero recobrar la salud, porque salimos mañana de aquí con direccion á esa corte.

»Fray Benigno te saluda, y tu amante hijo, enviando mil abrazos para sus primos, te concede toda la ternura de su corazón.

Lucas de Mendoza.

»Bilbao 8 de Setiembre de 1849.»

Al terminar la lectura, Guillermina lloraba copiosamente, besándola con transportes de la mas viva alegría.

—¡Hijo querido!... esclamaba: tú me devolverás la dicha; tú darás la tranquilidad á mi alma!.... ¡Oh, santo y purísimo afecto maternal! ¡qué puro eres!.... ¡qué grande!.... ¡qué bello!.... ¡tú estás exento de borrascosas luchas! ¡tú no das inquietudes ni desesperantes dolores!.... ¡bendito seas!....

Cuando hubo desahogado en lágrimas la pena que la oprimia, abrió la otra carta: era una invitacion de Blanca la Estranjera para el baile de trages que daba en su palacio de Santa Clara con motivo de la inauguracion de la colonia.

—¡Qué me place! dijo Guillermina animándose algun tanto; quiero embriagarme en las fiestas, en los bulliciosos placeres, á ver si consigo borrar de mi pecho el gérmen de este amor funesto, que me hace sufrir tan crueles tormentos.

La doncella volvió á presentarse anunciando al doctor Alonso.

He dicho que no recibo, exclamó la dama con mal humor, porque anhelaba estar sola.

—Creí entender que la orden comprendia solamente al señor conde, dijo la doncella con timidez.

—Era general....

—Dispense V..... Entonces, ¿qué le digo?...

—¡Nada ya!.... una torpeza se compone muy mal; que pase.

Guillermina, sin moverse del sillón que ocupaba, recibió al doctor, diciéndole con galantería:

—Adios, amigo mio; tengo sumo placer en ver á V.

—El placer es mio, mi querida señora; ¿y cómo se encuen-

tra V.?... la veo pálida, disgustada y con rasgos visibles de una contrariedad manifiesta.

—Pues me hallo bien; nada me aqueja; quizá sea la emoción que me ha causado una carta de mi hijo que acabo de recibir; es tan hermoso el sentimiento que le ha dictado las galanterías que me dirige, que no he podido menos de llorar; léala V., y comprenderá mi emoción y apreciará en lo que vale el generoso corazón de ese ángel querido....

Le alargó la carta; el doctor, leyéndola, palideció profundamente bajo su negra máscara y tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para que la joven no comprendiese su visible turbación.

—¿No es verdad, mi querido doctor, que no hay un sentimiento más bello que el amor de madre?....

—Tal creo, contestó devolviéndole la carta; es un rayo de la divinidad, una emanación directa de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo más santo de la tierra.

—Por eso, doctor, quiero encerrarme en ese amor; él será el escudo de mi corazón; él será mi puerto de salvación, libertándome de las borrascas mundanas!....

—¿Conque entonces, por amar á su hijo, renuncia V. á otros amores?....

—Sí, señor; no quiero pasiones que envenenan el alma.

—¿Pero V. pretende retirarse de la lid con el corazón herido?....

—¡Cómo herido!.... ¿quién ha dicho á V.

—Yo lo adivino; esa resolución la dicta el resentimiento, el enojo, los celos quizá....

—¿Pero V. sabe leer?....

—En todos los corazones, y mucho más en el de V., que se refleja en sus ojos.

Guillermina miró con asombro á aquel negro extraordinario; cada vez hallaba en su imponente y severa magestad alguna cosa simpática, en su figura algún parecido al esposo que perdió en su juventud, y en el tono de su voz cierto eco agradable que la conmovía, resonando grato en sus oídos.

—¿Y qué le dicen á V. mis ojos? ¡veamos, señor adivino!.... exclamó ella mirándole con una expresión de encantadora gracia.

—En ellos adivino el amor; pero un amor contenido, vivo, oculto en el fondo de su pecho; un amor tan grande, tan inmen-

so.... que se desborda y acabaria por enloquecerla si el amor propio le hablara tan alto en su orgullosa naturaleza.

—Eso quiere decir, que amo y no lo confieso... ¿no es verdad?

—Justamente; me alegro que nos entendamos.

—Entonces, quien tanto sabe, no debe ocultar el nombre de la persona amada.

—Si V. desea saberlo, se lo diré; así como tambien sus sentimientos, que conozco del modo que los de V.

—¡Eso es imposible!....

—Veamos: si me equivoco, niéguelo V.; pero si acierto, hágame por favor el gusto de confesarlo.

—Le prometo una franqueza ilimitada: será V. mi confidente; ¿le agrada el papel?

—Me agrada y le admito.

—Sepamos en este caso el nombre.....

—Del conde del Olivo.....

Guillermina se puso pálida; aquellas palabras, dichas en un tono particular, hicieron latir su corazón.

El doctor prosiguió:

—¿Acertó?... cuidado que cuento con su promesa.

—Sí, señor; mas permítame el silencio; porque á mi pesar sienta ese amor que quisiera arrancar del fondo de mi pecho á costa de cualquier sacrificio.

—¡Hola!.... le ama; ¡no me engañé!.... murmuró el doctor para sus adentros; y yo, necio de mí..... llegué á figurármela tan pura, tan cándida y tan amante como cuando la dejé.

Luego alzando la voz, exclamó:

—Y bien: en gracia de mis buenos deseos, me atrevo á decirle que su sistema no es el mas apropiado para curarse; si V. deja que su herida vaya profundizando poco á poco, concluirá por robarla la salud y la vida.

—¡Y qué hacer, si el solo recuerdo de ese hombre me mata!....

—Combatir paso á paso..... luchar hasta vencer ó ser vencida.

—Y si mi único anhelo es olvidarle; si quiero aborrecerle y no puedo, exclamó con angustia Guillermina.

—¿Y por qué ese deseo? ¿No es digno de su amor?....

—¡Por piedad!.... ¡callemos!.... ¡ah..... doctor! ¡no puede V. imaginarse lo que sufro!.... no es posible formar idea del tormento de mi alma, de la violencia que tengo que hacerme al ver á ese

hombre cerca de mí y fingir hácia él una indiferencia que no siento!.... Hoy mismo, por evitarme una situacion tan cruel y por evitar tambien que él lea en mis ojos el amor de mi alma, no he querido recibirle.

—Ya lo sé; le he encontrado en la escalera, y por cierto que me ha dado lástima; iba pálido..... abatido..... el infeliz no es menos digno de compasion que V.....

—¿Qué dice V.?.... ¡él padece?.... acaso, afligido, vendria á buscar consuelo en el seno de la amistad.....

—¡Quizá!.... ¡es muy desgraciado!....

—Y yo, pobre de mí.... ¡le rechazé!....

Los ojos de Guillermina se inundaron de lágrimas, y en su hechicero rostro se pintó entero el sentimiento que la dominaba. Su angustia era infinita.

—Usted sabrá la causa de sus penas; cuéntemelas.....

El doctor, que poco antes estaba dispuesto á hablar y que la hubiera hecho feliz con una sola palabra, se encerró súbitamente en una reserva absoluta.

¡Cuánto egoismo encierra el corazon humano!....

El doctor debió sentir celos de aquel amor que su muger sentia por otro, y cuando estaba en su mano darla la felicidad, se la quitaba, continuando en el papel de verdugo de su dicha; pues no otra cosa fué para ella en el mundo.

Es verdad que Guillermina era tan hermosa; su aureola de madre!.... el doble martirio que sufría y la angustia de su ansiedad hacíanla doblemente interesante; tanto, que el doctor la miraba con admiracion, y á pesar de su sistema, de su fria calma, de su indiferencia hácia todo lo que no fuese Blanca, no pudo menos de exclamar en el fondo de su pensamiento:

—¡Oh! ¡cuán bella!.... ¡si Blanca no existiese..... quién sabe si aun podria amarla!....

Esta idea le hizo variar el plan que se habia propuesto al visitarla, cual era abogar por el conde y conocer por encargo de éste el motivo de la frialdad y el desden con que le trataba.

Guillermina tuvo que repetirle su pregunta.

—¿Decía V. que sufría el conde?

—Sí, señora; está enfermo.

—¡Enfermo! ¿pero no será cosa de cuidado?....

—¡Quién sabe!.... El día que salvó de la muerte á Renata, re-

cibió un golpe mortal; no ha hecho caso, ni quiso ponerse en cura, sin embargo de que se lo dije repetidas veces, y hoy empieza á ver mas claro las consecuencias de este descuido.

—¿Y no dimana de otra causa su dolor?

—Lo ignoro; como médico, veo sus males físicos; los secretos de su corazon no los sé; pero, ¿no queria V. olvidarle, aborrecerle?... ¿á qué se interesa de ese modo?....

—¡Tiene V. razon!.... ¡ni aun sé lo que me digo!.... exclamó Guillermina exhalando un suspiro y volviendo la cabeza para que el doctor no la viese enjugar una lágrima.

Luego, con un esfuerzo supremo, cortó la conversacion, preguntando con aparente calma:

—Y bien, doctor: ¿cómo están las niñas? porque supongo vendrá V. á darme noticias suyas.

—Efectivamente: ese ha sido el objeto de mi venida; se hallan muy satisfechas; asemejándose á las mariposas que vuelan de flor en flor. Todo el dia le pasan recorriendo el jardin, locas de alegría y disfrutando una felicidad incomparable.

—¡Dichosa edad..... que no tiene pensamientos sombríos!....

—Luego, se avienen tan bien con Rosa-Pálida, que parece una madre con sus hijas; esta infeliz muger vá recobrando paulatinamente todos sus sentidos. Se vé el gozo pintado en su semblante, y se adivina la inteligencia y la bondad de su alma en el esmero con que cuida á las niñas y en la solicitud con que se afana con prevenir sus menores caprichos.

—Y Zoa, ¿se manifiesta alegre?.... ¿ni una sola nube de tristeza altera su tranquilidad?....

—Supongo que no; por lo menos, el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas siempre anuncian el júbilo y la animacion. ¿Teneis acaso un segundo objeto al hacerme esa pregunta?

—No por cierto, contestó con aire indiferente. Luego repuso: Ahora vá V. á tener en la colonia una gran fiesta.

—Así parece..... La condesa quiere solemnizar esa gran obra con un magnífico baile de trages, que no tenga igual en los fastos del buen tono.

—Es un capricho que sea de trages en este tiempo.

—¿Y qué quiere V.? le gusta singularizarse en todo; y además, como su afan es que no la conozcan, ha tenido la feliz idea de anunciar que las señoras, con objeto de que puedan divertirse, están au-

torizadas á llevar antifaz las primeras horas de la noche, hasta las dos de la madrugada, hora en que deben caer todas las caretas.

—¡Es una cosa muy rara!.... pero ya se vé: todo cuanto emana de la condesa, lleva el sello de la originalidad.

—¿Habrá V. recibido invitacion?....

—Sí, señor; héla aquí, contestó mostrándosela.

—Entonces tendremos el gusto de ver á V. por allí; es uno de los medios que debe V. emplear con frecuencia para cicatrizar las heridas de su alma.

—Al menos, si no consigo su curacion completa, quiero procurarlo, aunque saque en la lucha un nuevo dolor mas profundo que el primero.

—Si el insignificante apoyo que puedo prestarla, la es útil, disponga de mí como guste.

—Gracias, doctor; nunca olvidaré sus pruebas de bondad y sus atenciones.

El médico se habia levantado para marcharse.

Guillermina prosiguió:

—Hágame V. el obsequio de anunciar á la señora condesa la próxima llegada de fray Benigno.

—Se lo haré presente; y para las niñas, ¿tiene V. alguna cosa que mandarme?

—Salúdelas V. en mi nombre..... que las iré á ver un dia de estos y combinaremos el traje que han de llevar á la gran fiesta con que nos obsequia la condesa.

—Está bien; adios, señora; deseo su completo alivio y me pongo á sus piés.

—Gracias, doctor; beso á V. la mano.

Cuando éste hubo desaparecido, Guillermina corrió á su cuarto, y buscando entre sus papeles un retrato que conservaba de su esposo, le miró detenidamente.

Luego exclamó:

—¡Oh! ¿yo no sé qué es esto!.... ¡cada dia encuentro mas semejanza entre las facciones de mi marido y las de ese hombre!.... solo me confunde su negra tez.

Se dejó caer en un divan, y ocultando el rostro entre las manos, permaneció mucho tiempo en meditativa abstraccion.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en este tomo.



	PÁG.	SEGUNDA PARTE.	PÁG.
Dedicatoria.	5		
Cuatro palabras al lector.	6	CAP. I. El cementerio.	217
PRÓLOGO.—Capítulo I.—El 17 de Julio de 1834.	7	II. Rosa-Pálida.	226
II. El cólera.	17	III. La casa funesta.	234
III. Infortunio.	29	IV. Continúa el anterior.	242
—		V. Dos cartas.	254
PRIMERA PARTE.		VI. Doña Irene.	260
CAP. I. Fraternidad.	44	VII. Catástrofe.	267
II. La familia del mar- qués.	49	VIII. Mirada retrospectiva.	275
III. Tránsito.	58	IX. La visita de Traga- bombas.	282
IV. La tertulia de Mar- ciana.	66	X. La voz del alma.	290
V. La sombra.	73	XI. Lindora.	297
VI. Secretos de la mar- quesa.	81	XII. Tormenta.	304
VII. Confidencias.	88	XIII. Continúa la tormenta.	314
VIII. Citas.	96	XIV. Una escena en el jar- din.	318
IX. Blanca la Estranjera.	104	XV. Visita á la quinta.	325
X. Adalberto.	115	XVI. Continúa el anterior.	332
XI. Continúa el anterior.	127	XVII. Las amigas de la in- fancia.	339
XII. Ildemaro.	136	XVIII. Confidencias.	346
XIII. La tía Lentejas.	146	XIX. Continúa el anterior.	353
XIV. Una visita.	157	XX. Una escena conyugal.	360
XV. Maravillas.	166	XXI. Continúa el anterior.	367
XVI. Diminuto.	175	XXII. La colonia.	375
XVII. Martinica.	184	XXIII. Un nido de amores.	383
XVIII. El doctor negro.	192	XXIV. El padre y el hijo.	391
XIX. Amor sin esperanza.	201	XXV. El palacio encantado.	400
XX. Continúa el anterior.	209	XXVI. La audiencia.	408
		XXVII. Escena borrascosa.	416
		XXVIII. El confidente de su muger.	424



1129627

